

ORIGINALIDAD CRISTIANA DE LA FILOSOFIA  
EN CONMEMORACION DEL CENTENARIO DE LA ENCICLICA  
"AETERNI PATRIS"

I. — EL PROBLEMA

El problema suscitado por el presente tema continúa candente hoy, a pesar de los debates de los años 30 entre los filósofos famosos en Europa sobre la filosofía cristiana.<sup>1</sup> ¿Qué significa este problema, importante para el cristiano en el mundo actual?

Desarrollando una investigación filosofológica, es decir, una investigación filosófica sobre la filosofía en la perspectiva del presente tema, el referido problema se impone en términos nítidos: Existiendo y operando, hoy como ayer, el cristiano y precisando indispensablemente, como ser racional, de la filosofía, ¿qué tipo de filosofía debe él abrazar para no traicionar su fe? ¿Cualquier tipo, aún aquella filosofía que siguen los no cristianos, los anti-cristianos, o una filosofía diferente, de carácter nuevo u original? ¿Queriendo ser fiel a las exigencias racionales de la filosofía y, al mismo tiempo, a las exigencias de su fe, no cae el cristiano en una equivocación lamentable, en una contradicción? En otras palabras: ¿Existe una legítima originalidad cristiana de filosofía y, si existe, en qué consiste?

Por originalidad entendemos aquí la novedad, que puede ser legítima en la filosofía, significando ya sea la novedad de contenidos inteligibles, ya denotando la novedad de una manera consciente de filosofar, personal o conscientemente agrupada y responsable.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Sobre esta discusión prolongada, centrada inicialmente en la cuestión de la posibilidad de una filosofía cristiana y ampliada enseguida, tratando de la relación entre la investigación filosófica y la revelación cristiana, existe una bibliografía vastísima, que se encuentra indicada minuciosamente en dos libros, utilizados en la presente investigación: 1º - ANTONIO LIVI, *Il cristianesimo nella filosofia*, L. U. Japarde, L'Aquila, Italia, 1969, pp. 190; 2º - CARMELO NICOLSI, *Fede Cristiana e riflessione filosofica*, Roma, Ed. La Rocca, 1972, pp. 341. Es interesante al respecto el volumen: *Il senso della filosofia cristiana, oggi*, Brescia, Morcelliana, 1978, pp. 350. Esta obra contiene las Actas del 32º Encuentro del Centro de Estudios Filosóficos de Gallarate, realizado en 1977. Ver también: *Pensamiento Parcial y Total*, obra colectiva, coordinada por el Prof. Dr. P. Stanislavs Ladusáns S. I., Ediciones Loyola, São Paulo, Brasil, pp. 294 (cfr. principalmente las páginas 145-188; 288-289).

<sup>2</sup> Cr. LEONARDO VAN ACKER, "Creatividad en la Filosofía", ensayo publicado en la revista *Presencia Filosófica*, conjunto de 1975, pp. 259-263.

El problema formulado sobre la originalidad cristiana de la filosofía hace entender enseguida que enfoca primordialmente la relación entre la razón filosófica y la revelación cristiana, entre la razón y la fe, no en abstracto, y sí en concreto, teniendo en cuenta la persona existente del cristiano. Este problema complejo y crucial, en todos los siglos, después del advenimiento del cristianismo, acostumbra a tener hoy otras varias formas de expresión como, por ejemplo, cuando se plantea la cuestión sobre la cultura y la fe cristiana, sobre la comunidad política y la Iglesia, sobre la universidad y la fe, etc.<sup>3</sup>

Sin embargo, la pregunta enunciada más arriba, que encierra la cuestión del relacionamiento de la razón filosófica y de la fe cristiana, no desarmoniza con las formulaciones problemáticas ahora mencionadas, más o menos diferentes del cuestionar al que nos referimos, porque es fundamental para la solución de todas aquellas cuestiones, vitales e importantes para nuestros tiempos. Más aún: el asunto abordado por la presente investigación sintoniza de un modo especial con la encíclica "Aeterni Patris", de León XIII (1810-1903), que se empeñó con ardor en restaurar la filosofía cristiana, según el pensamiento de S. Tomás de Aquino, tratando amplia y profundamente sobre las relaciones entre la fe y la razón filosófica.

Sea, pues, la presente investigación de carácter filosofológico, un homenaje sincero al Papa-Filósofo León XIII con motivo del centenario de la célebre encíclica "Aeterni Patris",<sup>4</sup> carta magna de la filosofía cristiana. Este documento pontificio proyecta una luz penetrante sobre la creatividad del cristiano-filósofo, poniendo en evidencia y proponiendo como modelo a Tomás de Aquino, un santo, que demostró con el ejemplo de su vida cristiana, la importancia de la sólida y verdadera espiritualidad para un filosofar profundo y fecundo.

## II. — APROXIMACION PARA LA SOLUCION DEL PROBLEMA

Uno de los términos fundamentales del problema es la razón filosófica. ¿De qué razón se trata aquí? No de una razón en abstracto, ser ideal, que no existe en la realidad, ni como facultad

<sup>3</sup> Cfr. la constitución "Gaudium et Spes", Concilio Vaticano II, 1965, nr. 53162; 73-76; "Evangelii Nuntiandi", exhortación de Paulo VI, 1975 nr. 20; "Sapientia Christiana", const. apostólica de Juan Pablo II, 1979, etc.

<sup>4</sup> León XIII, Epistola Encyclica, 4 - VIII - 1879, Roma, publicada en latín, en forma de un opúsculo de 48 páginas, 1879 (hoy, por lo tanto, histórico, siendo centenario; usado aquí para las citas); en *Acta Sanctae Sedis*, vol XII, 1, pp. 103-134; publicada en Leonis XIII Pontificis Maximi Acta, vol. I, Romae, ex Typographia Vaticana, 1881, pp. 255-284, como *Epistola Encyclica de Philosophia Christiana ad mentem Sancti Thomae Doctoris Angelici in scholis catholicis instauranda*; *Civiltà Cattolica*, 1879, vol. XI, ser. 10, pp. 513-550.

cognoscitiva, ni como actividad cognoscente. Lo que existe en la realidad como agente pensante es la persona humana concreta. Y quien hace la filosofía no es la razón independiente de la persona, y sí la persona existente por medio de su razón. Toda y cualquier concepción filosófica, antes de ser escrita en un volumen o en una serie de volúmenes, es una ciencia consciente de un filósofo existente concreto y, después de ser comunicada, vuelve a ser filosofía, cuando queda entendida por personas vivientes crítica y conscientemente, basándose en la evidencia objetiva. Es el hombre concreto, ser racional, poseedor de una cierta experiencia, que filosofa, y él no es la razón pura. Por eso la filosofía, que busca las últimas soluciones de las últimas cuestiones, es una obra esencialmente humana, que se explica no sólo por las causas específicas del conocimiento, sino también por otros factores y condiciones del hombre todo, concreto e histórico, sujeto a las influencias de los sentidos, de la voluntad, del sentimiento, del tiempo, de la tierra, de la nación, de la educación recibida, literatura nacional, religión, etc. Como nuestro filosofar no se da sin nuestro yo, tampoco nuestro yo existe si no está ligado a las circunstancias concretas, que constituyen, en cierto sentido, los presupuestos para la actividad racional filosófica. Todo eso debemos tener en cuenta en el caso del cristiano filósofo. Así entramos en una breve ilustración de la fe cristiana, otro término fundamental y un presupuesto indispensable para la solución del problema sobre la originalidad cristiana de la filosofía.

En el hombre cristiano pensador se encuentran, en una unidad concreta, el filosofar, que es una actividad natural y la fe sobrenatural, que significa una adhesión a Jesucristo y a su doctrina de salvación. En virtud de la fe el cristiano acepta no sólo aquellas verdades que la inteligencia humana no puede alcanzar por sí misma, sino también muchas otras, que son accesibles a la razón basadas en la evidencia objetiva, a fin de que puedan ser reconocidas por todos, en virtud de la autoridad de Dios revelante, con una facilidad rápida y sin ninguna mezcla de error.<sup>5</sup>

Sin embargo, la adhesión del hombre a las verdades reveladas no puede ser fideísta o ciega, sin motivos racionales. Es por eso que el cristiano debe adquirir la certeza, en cuanto al hecho histórico de la revelación divina y al órgano destinado por Dios (Iglesia) para conservar, propagar y defender el patrimonio de las verdades reveladas. El acto de la fe cristiana presupone, pues, la búsqueda de las razones de creer, de los motivos de la credibilidad, que son, en gran parte, de carácter filosófico, como la capacidad de conocer

---

<sup>5</sup> "Aeterni Patris", opúsculo histórico citado, p. 8.

la verdad, el conocimiento de la existencia y providencia de Dios, creación del universo, el discernimiento de la verdadera religión revelada, libertad y responsabilidad del hombre frente a Dios, la omnisciencia y santidad absoluta de Dios. Sin embargo, esa certeza, exigida por la adhesión perfecta del cristiano a la revelación divina, basada en las verdades racionales, no constituye motivo suficiente para el acto de la fe, que es formalmente un acto intelectual. Es apenas un requisito previo para que el acto de la fe cristiana armonice con la razón natural. El motivo del acto de la fe cristiana es la autoridad de Dios revelante, mientras ella es la Primera Verdad en el conocer y en el manifestar el conocimiento, es decir, la ciencia absolutamente infalible y la veracidad absoluta. Así, pues, el cristiano asegura la racionalidad de su fe sobrenatural, pero no racionaliza esta fe, superando el fideísmo y el racionalismo. Descubre también la obligación de creer.

Resultan así brevemente ilustrados los dos puntos básicos que nos acercan a la solución del problema sobre la originalidad cristiana de la filosofía. Es más, a estas alturas, concluyendo, ya es posible recoger el primer fruto de la investigación, pues resulta que, siendo el hombre en cierto modo naturalmente cristiano, conforme la tesis de Tertuliano, la filosofía es también, de algún modo, naturalmente cristiana. ¿Qué significa esto? Una propiedad especial de la filosofía, que no poseen las ciencias matemático-experimentales y técnicas. Dado el hecho histórico de la revelación divina, el dinamismo filosófico natural del hombre no crea obstáculos contra la aceptación del don de la salvación, que viene de lo Alto, sino que abre y dispone la mente humana, de algún modo positivamente, para el encuentro con el cristianismo. Por eso León XIII en la "Aeterni Patris", declara, que "la filosofía, cuando es usada debidamente por personas sensatas, tiene la virtud de abrir y de allanar, de alguna manera, el camino que lleva a la fe verdadera, preparando, de forma conveniente, la mente de sus discípulos para aceptar la revelación: fue por eso que los antiguos la llamaban, con razón, ya una institución preparatoria para la fe cristiana, ya el preludio y auxilio del cristianismo, ya el pedagogo para el Evangelio".<sup>6</sup> Precisamente, en este sentido, resulta la originalidad cristiana de la filosofía: la razón filosófica del hombre es naturalmente cristiana. Por eso, la famosa expresión "inte-

---

<sup>6</sup> "Ac primo quidem philosophia, si rite a sapientibus usurpetur, iter ad veram fidem quodammodo sternere et munire valet, suorumque alumnorum animos ad revelationem suscipiendam convenienter praeparare: quamobrem a veteribus modo praevia ad christianam fidem institutio (CLEM. ALEX., *Strom.*, lib. I, c. 16; I. VII, c. 3), modo christianismi praeludium et auxilium (ORIG. *ad Greg. Thaum.*), modo ad Evangelium paedagogus (CLEM. ALEX., *Strom.*, I, c. 5) non immerito appellata est" - "Aeterni Patris", opúsc. cit., p. 8.

ligencia en busca de la fe" —"intellectus quaerens fidem"— posee también hoy todo su vigor gnoseológico, metafísico y ético.

Es eso lo que tiene valor, en cuanto al cristiano potencial, antes que la fe se instale en su alma. Y ¿cuál es la originalidad del filosofar del cristiano creyente, después de la presencia actuante de la fe? Surge la pregunta que nos lleva a una nueva faz de la reflexión filosofológica.

### III. — LA SEGUNDA DIMENSION DE LA ORIGINALIDAD CRISTIANA DE LA FILOSOFIA: EL CAMINO CRISTIANO DEL FILOSOFAR

Después de la aceptación del cristianismo, la persona, que profesa y vive la fe cristiana, se encuentra en una nueva situación concreta, que confiere a la filosofía una nueva originalidad, mientras beneficia el ejercicio de la razón filosófica. Podemos hablar, por eso, de la segunda dimensión de la originalidad cristiana de la filosofía.

La reflexión filosofológica debe ser bien entendida en esta faceta de su articulación. Sería tomada equivocadamente si alguien sustentara la tesis de que, siguiendo la fe, el cristiano no puede ser un filósofo auténtico. Este ídolo de la autosuficiencia racionalista debe ser rechazado por el cristiano. La sinceridad radical en el filosofar no exige que el cristiano se coloque en este *apriorismo* arbitrario paralizante, sino que lo coloca en un estado correcto y fecundo del filosofar, que consiste en un examen crítico universal en relación a los contenidos pre-filosóficos. Iniciando la actividad filosófica en un cierto momento de su madurez intelectual, el cristiano acepta, en virtud del examen crítico universal, como innegable lo que se manifiesta evidente e indudable: legitima lo que se revela como legítimo; coloca en duda lo que se encuentra como dudoso; rechaza como falso lo que es erróneo.

Surge ahora una pregunta: procediendo así, críticamente, ¿debe el cristiano filósofo rechazar su fe, como exige la mencionada posición racionalista, que confunde equivocando los presupuestos con preconceptos ilegítimos? No, porque el cristiano tiene conciencia de que las verdades de la fe tienen su fundamento racional sólido y constituye así su libre obsequio racional a Dios. Por consiguiente, la vida sobrenatural es para el cristiano un presupuesto enriquecedor, pues es ella la que purifica y eleva la vida natural, la que contiene, como una dimensión fundamental, el dinamismo multiforme del filosofar. ¿Cómo, entonces, la fe vivida como un punto de partida intocable y como un camino, influye en el proceso del filosofar? ¿Cómo contribuye originalmente a la filosofía?

Respondiendo a esta pregunta, conviene decir enseguida que esta contribución no significa la supresión de la filosofía como inútil y perjudicial para la vida cristiana. La fe no es antagónica con la razón. La conciencia intelectual certifica claramente al cristiano que su condición de creyente no le destruye el proceso natural de abstraer lo inteligible de lo sensible, de reflexionar, de juzgar, de racionar y de operar normalmente en la investigación científica con las potencias naturales de la razón, de la voluntad, etc. Por eso el filósofo no pierde su autonomía legítima. En el proceso de filosofar, el cristiano no basa sus afirmaciones o negaciones en las verdades de la fe, y sí en la evidencia objetiva.

La contribución original de la fe cristiana es de otro carácter. La fe vivida por el cristiano auxilia al filosofar, antes que nada, en un sentido purificador, mientras remueve los obstáculos que impiden el ejercicio de la razón filosófica en su gravitar hacia lo real, a fin de descubrir las evidencias profundas. El cristianismo proporciona al filósofo, hombre frágil por su naturaleza, medios de ayuda sobrenatural, fortificándolo para que pueda dedicarse con seriedad y constancia a su tarea, que exige grandes sacrificios y grandes virtudes morales. La filosofía, para que llegue realmente a su perfección, exige no sólo un eximio talento natural sino también la participación constante de altas virtudes del cristiano, como la personalidad, actuando y aguzando la razón al máximo, procediendo realísticamente con orden, analizando con penetración y sintetizando con coherencia.

Cuando un filósofo llega realmente a vivir como cristiano las bienaventuranzas del Sermón de la Montaña,<sup>7</sup> consigue entonces sintonizar con la verdad de una manera tan feliz que se crea en él una connaturalidad afectiva con todo lo que es verdadero. Esta connaturalidad es vital para el progreso de la filosofía en estos días, tan inmediatistas, pragmáticos, pasionales y sentimentales. Promueve de manera extraordinaria la vida intelectual, como lo explica ampliamente S. Tomás de Aquino, encontrando luces en Aristóteles.<sup>8</sup> Los hábitos virtuosos facilitan el discernimiento intelectual y fecundan la investigación filosófica actualizada. Este punto constituye, pues, una originalidad notable en relación al filosofar. Teniendo todo esto en mente, León XIII es incisivo en la "Aeterni Patris", cuando afirma que, "aquellos que unen el estudio de la filosofía con el obsequio a la fe cristiana, son excelentes en el filosofar".<sup>9</sup> Enseguida

<sup>7</sup> Mt., 5.

<sup>8</sup> STANISLAVS LADUSĀNS S. I., *Presencia Filosófica*, São Paulo, 1975, pp. 32-35.

<sup>9</sup> "Quapropter qui philosophie studium cum obsequio fidei christiane coniungunt, ii optime philosophantur" - "Aeterni Patris", opúsculo citado, p. 19.

indica la razón de eso en un sentido existencial: “dado que el esplendor de las verdades divinas, penetrando el alma, viene en auxilio de la propia inteligencia, lejos de quitarle lo que sea de su dignidad, le aumenta considerablemente la nobleza, la penetración, la solidez”.<sup>10</sup>

¿Cuál es la razón de esta originalidad cristiana del filosofar? Tiene su explicación en la coexistencia, en la persona concreta del cristiano, del hábito filosófico natural, adquirido por los actos del filosofar, con el hábito sobrenatural de la fe, raíz y fundamento de la justificación, así como con otros hábitos virtuosos, que se originan en virtud de la vivencia religiosa. Esta coexistencia estimula y promueve, de manera original, la actividad filosófica del cristiano, como también su fe, nutriéndola, defendiéndola y fortificándola,<sup>11</sup> según la famosa expresión de que la fe procura la inteligencia —“fides quaerens intellectum”— como constará más adelante, en el capítulo quinto, destacando la cuarta dimensión de la originalidad cristiana de la filosofía. La experiencia interna del cristiano lo atestigua infaliblemente. En virtud de la unidad sustancial de la persona humana, las potencias, los hábitos y sus actos se relacionan dinámicamente entre sí, constituyendo una estructura y conservando la diversidad de sus objetos formales, en beneficio del hombre, en la perspectiva de su fin último.

Por consiguiente, esta coexistencia es consistente. Por eso, la actividad filosófica del cristiano posee innegablemente el carácter intrínsecamente racional o la debida independencia, pues el creyente como filósofo no tiene por objeto lo que Dios reveló, y sí las cosas cognoscibles por la luz natural de la razón. Si el creyente procede en la perspectiva de la Divinidad (SS. Trinidad), que constituye su objeto formal, como filósofo tiene como punto de vista los últimos principios de la realidad y del orden lógico, cognoscibles en virtud de la evidencia objetiva. Aún Dios es conocido filosóficamente por el cristiano mientras resplandece en el universo como Legislador Supremo, Sumo Bien, Causa Primera eficiente, Ser Subsistente participado, Ordenador Supremo, etc. Si la luz del creyente es la razón iluminada por la fe, la luz del cristiano filósofo es la razón natural, es decir, su conocimiento fundamentado en la evidencia racional de las cosas y en los primeros principios de la ciencia, evidentes en sí y por sí mismos, sin ninguna demostración rigurosa. Si el objetivo del cre-

<sup>10</sup> “. . . quandoquidem divinarum veritatum splendor, animo exceptus, ipsam iuvat intelligentiam; cui non modo nihil de dignitate detrahit, sed nobilitatis, acuminis firmitatis plurimum addit” - “Aeterni Patris”, opusc. cit., p. 19 - Ver también el texto de León XIII en la p. 11 de dicho opúsculo, que es el siguiente: “Quod si vero naturalis ratio optimam hanc doctrinae segetem prius fudit, quam Christi virtute fecundaretur, multo uberriorem certo progignet, posteaquam Salvatoris gratia nativas humanae mentis facultates instauravit et auxit”.

<sup>11</sup> SAN AGUSTÍN, *De Trinitate*, XIV, 1.

yente es descubrir lo que fue exactamente revelado, su objetivo como filósofo es buscar, encontrar y comunicar la verdad racional, gnoseológica, metafísica y ética.

Existe, pues, una armonía en esta coexistencia de la razón filosófica y de la fe cristiana, que es consistente y posee su última razón explicativa en Dios. La última raíz ontológica de la naturaleza racional del hombre es Dios Creador, que no es diferente a Dios Salvador, Autor del orden sobrenatural. Es, pues, el mismo Dios en que se fundan, en último análisis, la verdadera razón filosófica del cristiano y su fe teológica, registrando en su raíz ontológica profunda la armonía original del verdadero filosofar cristiano.

La originalidad cristiana de la filosofía registra, desde el punto de vista epistemológico, el carácter especial de la influencia que la razón filosofante recibe de parte de la fe constituida. Esta influencia es positiva. Es más: es también, de algún modo, intrínseca. Esto sucede porque la cristianización de la inteligencia es intrínseca y no algo extrínseco; segundo, porque el acto de fe y el acto cognoscitivo filosófico, que se influyen mutuamente, se encuentran formalmente en el intelecto humano, aunque cada uno posee su estructura epistemológica diferente. Conservando cada uno la propia especificidad, resultante en virtud del respectivo objeto formal, esos actos se relacionan influyéndose mutuamente sólo en el plano del ejercicio, que es diferente del plano de especificación. Queda a salvo, así, lógicamente, el concepto de filosofía cristiana como no contradictorio, porque la influencia de la fe sobre la razón se da en el plano del ejercicio y no en el plano de especificación formal, como se verifica en el caso de la certeza libre, cuando, conociendo suficientemente los motivos, que bastan para que la inteligencia dé su asentimiento, todavía se requiere, por razones prácticas, el influjo de la voluntad para que se remuevan los obstáculos y resulte la adhesión intelectual firme. La autonomía o independencia de la filosofía cristiana como ciencia racional está en el plano de la especificación formal y queda garantizada, como declara León XIII en la "Aeterni Patris", diciendo que la filosofía cristiana posee no el carácter teológico sobrenatural y sí el carácter de la verdadera filosofía, es decir, "su método, sus principios, y sus argumentos".<sup>12</sup>

<sup>12</sup> In iis autem doctrinarum capitibus, quae percipere humana intelligentia naturaliter potest, aequum plane est, sua método, suisque principiis et argumentis uti philosophiam: non ita tamen, ut auctoritati divinae sese audacter subtrahere videatur. Imo, sum constet, ea quae revelatione innotescunt, certa veritate pollere, et quae fidei adversantur pariter cum recta ratione pugnare, noverit philosophus catholicus se fidei simul et rationis iura violaturum, si conclusionem aliquam amplectatur, quam revelatae doctrinae repugnare intellexerit" - "Aet. P.", o. c., p. 17-18.

Todo eso, sin embargo, no significa, como aclara repetidamente León XIII, que la razón debe separarse en el filosofar de la fe, basada en la revelación divina, que es superior al conocimiento humano. La filosofía no puede ser sacrificada al ídolo de la autosuficiencia racionalista y eximirse de los presupuestos legítimos, entre los que figura la fe cristiana. Sujetándose a la revelación divina, la razón filosófica recibe en su ejercicio numerosas ventajas; separándose hostilmente de la fe, cae en desvíos. La historia de la filosofía lo certifica claramente. Por eso, es justo tener en cuenta hoy la lapidaria expresión de Main de Biran de que la inteligencia debe buscar la inteligencia por medio de la fe cristiana, que la protege y orienta: "intellectus quaerens intellectum per fidem".<sup>13</sup>

Concluyendo esta faz de la presente investigación es justo, pues, afirmar, que la fe vivida constituye para el cristiano una vía magnífica para la vida intelectual profunda y eficiente.

Es la fe cristiana la que lo coloca en óptimas condiciones existenciales para ejercer fructuosamente la razón filosófica, sin presionar para que se cambie la esencia racional de la filosofía. Así, en su proceso filosófico específico, la razón llega a alcanzar la legítima "secularización", en virtud de la evidencia objetiva racional que la determina, evitando, al mismo tiempo, el "secularismo" que habla del alejamiento de la razón del cristianismo. Es precisamente el cristianismo el que proporciona al filósofo nuevas circunstancias concretas para la reflexión, un camino nuevo dentro del presupuesto y universo de la fe surgiendo, como vamos a ver enseguida expresamente, nuevos contenidos a ser examinados racionalmente. Por eso, tiene razón Pietro Prini cuando, al concluir en 1977 los prolongados debates del 32º Encuentro de Gallarate sobre el sentido de la filosofía cristiana, destaca la genuina originalidad de la filosofía, en virtud de la influencia que el cristiano experimenta en su vida intelectual profunda.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> CARMELO NICOLOSI, *Fede cristiana e riflessione filosofica*, 1972, p. 83. Cfr. las páginas 69-96, donde el autor presenta la tesis de Étienne Gilson sobre la revelación divina generadora de la razón. Ver también las págs. 97-116 sobre el concepto de Jacques Maritain. Ambos están sintonizando entre sí. Traen muchas y valiosas luces para la presente solución de la problemática filosófica, que se orienta fundamentalmente por la encíclica "Aeterni Patris", de León XIII, a pesar de no haber sido aprovechada suficientemente en la discusión de los años treinta sobre la filosofía cristiana.

<sup>14</sup> "La formula che io vorrei proporre e che costituirà il tema di una mia prossima ricerca è questa: la via cristiana alla filosofia. Nessuna filosofia è possibile se non si situa nella condizione esistenziale di chi la esercita. Il credente, a differenza dal non credente, ha il privilegio di vivere in un contesto di esperienza in cui, il rapporto con la Trascendenza si fa manifesto nelle categorie dell'esistenza storica. Questo contesto e queste categorie forniscono insieme i dati e la procedura ad una riflessione recuperatrice che può e deve portare un contributo di genuina originalità alla filosofia tout court, che non sopporta altri aggettivi all'infuori di quello della sua perennità". *o. c.*, pp. 333.

En el filosofar de los Padres de la Iglesia, de los Doctores Escolásticos y Neo-escolásticos existió esta influencia positiva de la fe cristiana, como lo atestigua la historia con claridad. Fue tan fecunda que precisamente de esa experiencia deriva un aumento notable del patrimonio filosófico de la humanidad, surgiendo tantos contenidos nuevos, que son hoy muy actuales y contribuyen a renovar todas las dimensiones del auténtico humanismo, una exigencia urgente de los últimos veinte años del trágico siglo XX, para que se eviten calamidades aún mayores. ¿Cuáles son precisamente estos contenidos filosóficos originales? Esta pregunta inicia la nueva faz de la reflexión filosofológica.

#### IV. — LA ORIGINALIDAD CRISTIANA DE LA FILOSOFIA EN VIRTUD DE LOS NUEVOS CONTENIDOS

Un gigantesco movimiento histórico del pensamiento innovador, movimiento filosófico patrístico-escolástico, de casi 20 siglos, constituye una búsqueda racional tenaz y lenta de la filosofía perfecta. El resultado de esta meditación colectiva prolongada es innegable: advenimiento de la filosofía cristiana, que es un conjunto de verdades racionales, descubiertas, profundizadas y ordenadas por la razón humana, gracias al auxilio que recibió de la Revelación de Dios. Este movimiento filosófico, continuado sin interrupción, desde el primer siglo hasta nuestros días, es amplio en el espacio, tiene sus raíces en la filosofía griega, extendiéndose todavía más en el tiempo. Alcanza su punto más alto en la sistematización de S. Tomás de Aquino (1225-1274), como León XIII (1810-1903) destaca oficialmente en su encíclica "Aeterni Patris", a la que considera la mejor de su pontificado de 25 años. Surgieron así nuevos contenidos filosóficos, patrístico-escolásticos, irreductibles para la filosofía precristiana.

Estos contenidos constituyen el tercer argumento para que la reflexión filosofológica pueda corroborar aún más la tesis sobre la originalidad cristiana de la filosofía. Este argumento se obtiene en virtud de los nuevos contenidos filosóficos, alcanzados por los cristianos, con nuevas disposiciones espirituales, que autorizan a definir la filosofía cristiana de la siguiente manera: la filosofía cristiana es la filosofía existente en la historia, acrecentada notablemente con los nuevos contenidos originales, en virtud de la influencia del cristianismo.

Estos contenidos —patrísticos, escolásticos y neoescolásticos— evidencian su valor extraordinario para el hombre, para la época actual, mientras convergen de una manera orgánica e incisiva para

fundamentar racionalmente el auténtico humanismo, que es pluri-dimensional, antropocéntrico apenas en el sentido gnoseológico pero teocéntrico desde el punto de vista metafísico y ético. ¿Cómo se articulan esos nuevos elementos filosóficos en la estructuración del verdadero humanismo?

En relación a la dimensión gnoseológica del humanismo, la razón humana se concientizó mejor, bajo la influencia del cristianismo, ya que no pudo encontrar en sí misma la salvación. La razón humana no pudo endiosarse: es limitada y no autosuficiente. Por eso, no puede pretender más de lo que puede. Bajo la influencia cristiana, la razón humana penetró más a fondo en su valor natural cognoscitivo y en su alcance vital en la solución de los grandes problemas del hombre. La dimensión gnoseológica es fundamental para la construcción del auténtico humanismo, no sólo porque el yo humano es el centro consciente de la ciencia en todos sus sentidos, sino también, como bien sabe el cristiano, porque la razón humana desviada, como por ejemplo, por el racionalismo o idealismo absoluto, desvía toda la vida humana; la razón humana sana beneficia inmensamente al hombre y a su accionar. Por eso, León XIII insiste en la "Aeterni Patris" sobre la educación filosófica y valorización de la razón, que es un don natural del hombre, que puede ser disminuido o también supervalorizado.<sup>15</sup>

En cuanto a la dimensión metafísica intra-humana del humanismo, la contribución filosófica de los cristianos, iluminados por los contenidos de la fe, fue tan grande y decisiva ya en los seis primeros siglos, que dio como resultado un concepto nuevo de la persona humana. El filósofo pre-cristiano no llegó a tener una idea clara de lo que es la persona humana. Fueron los misterios revelados de la SS. Trinidad y de la Encarnación del Verbo eterno los que proyectaron luces sobre la especulación metafísica, la cual, teniendo en vista la vida intelectual, volitiva y la conciencia del ser racional, lo definió como existente distinto en la naturaleza racional, evidenciando así esa dignidad especial y única que el hombre posee en el universo material en virtud de su alma espiritual e inmortal. El hombre ya no es más una cosa, un instrumento, número, simple miembro de la colectividad, y posee un valor intrínseco tan grande,

---

<sup>15</sup> Ver, por ejemplo, pp. 5-6 del opúsculo citado, donde León XIII dice: "Cum enim insitum homini natura sit, ut in agendo rationem duces sequatur, si quid intelligent aipeccat, in id et voluntas facile labitur: atque ita contingit, ut pravitas opinionum, quarum est in intelligentia sedes, in humanas actiones influat, easque pervertat. Ex adverso, si sana mens hominum fuerit, et solidis verisque principiis firmiter insistat, tum vero in publicum privatumque commodum plurima beneficia progignet".

que abre, como sujeto de derechos y deberes, nuevos y fecundos horizontes para la vida económica, política, social y cultural. La Declaración Universal de los Derechos Humanos de la ONU, de 1948, la Declaración de los Derechos de los Niños de la ONU, de 1959, son dos ejemplos inequívocos de la penetración de la doctrina filosófica de los cristianos dentro de las estructuras del pensamiento occidental y oriental, ofreciendo al actual mundo trágico, bajo el signo del cristianismo, beneficios inmensos e indicando caminos claros para la mutua comprensión y para la paz universal.

También en relación a la dimensión axiológica descensional del humanismo, el filosofar de los cristianos, orientados por la fe, abrió nuevas perspectivas para relacionar debidamente los valores materiales —técnicos, económicos y otros fines— con la persona humana, superior a todos esos valores, teniendo en vista su fin último trascendente. El cristiano como filósofo, encuentra así un nuevo modo de concebir su lugar en el universo material, trascendiendo el antropocentrismo terrestre y encontrando un humanismo nuevo. Según esta nueva concepción filosófica, las cosas son criaturas de Dios trascendente. Ser total y absolutamente absoluto. Eso no disminuye la realidad y el valor de las cosas de este mundo, pero obliga a descubrir su sentido profundo, a respetarlas, a agradecerlas como dones que vienen de lo Alto y a usarlas con indiferencia activa y superioridad de espíritu, exigencias de la verdadera felicidad humana.

En cuanto a la dimensión filosófica entre-humana u horizontal del humanismo, el filosofar de los cristianos elaboró, bajo la influencia de la fe, la nueva filosofía de la fraternidad humana, encontrando a los seres humanos fundamentalmente iguales, mientras tienen el mismo origen, la misma naturaleza y el mismo fin último, así como basando el orden económico en el orden político sano, el orden político en el orden social nuevo, el orden social en el orden jurídico, el orden jurídico en el orden moral y el orden moral en el orden religioso auténtico. Todos los hombres poseen la misma dignidad de persona. Por consiguiente, el otro no puede ser considerado como ser explotable, sino como prójimo, fin en sí, como hermano. La encíclica "Redemptor Hominis" de Juan Pablo II ilustra a fondo la dignidad humana, considerada en sí y socialmente, elevada por la Cruz del Calvario, fuente de salvación y de regeneración perfecta, que destaca todavía más la igualdad fundamental entre los hombres y entre los pueblos. Este es el nuevo orden social del hombre nuevo, que a la luz del valor de la persona humana reconoce y defiende la dignidad de la familia, de la sociedad nacional y de la humanidad entera.

En relación a la dimensión metafísica supra-humana o ascensional del humanismo, la filosofía de los cristianos purificó y enriqueció positivamente, bajo la influencia del cristianismo, la filosofía de Dios. El pensamiento pre-cristiano no llegó nunca a un conocimiento claro y nítido de la trascendencia de Dios, aún cuando no identifica a Dios con el mundo. Por eso Dios no es, en la concepción pre-cristiana, plenamente divino, ni el mundo es plenamente mundano, como ni el hombre es plenamente humano. Coexisten eternamente, formando un único sistema, donde rige la misma ley. La trascendencia de Dios encuentra su autenticidad sólo en virtud del cristianismo, por la metafísica del Ser Subsistente, de la Primera Causa eficiente, Creador libre del mundo "ex nihilo sui et subiecti". Dios es el Ser; las cosas y el hombre tiene el ser, existen. Así, a base de la participación y de otras señales de la contingencia, el problema del origen encontró la solución filosófica convincente, quedando clara una trascendencia relativa de la persona humana en relación al universo material. Dios, absolutamente trascendente y Creador libre, no necesita del mundo para ser y para ser feliz, pero somos nosotros los que tenemos la necesidad del Ser Supremo y del Sumo Bien para existir, para actuar y para ser más, alcanzando la felicidad. La nueva metafísica ensancha así los horizontes, en virtud del conocimiento análogo, que nos lleva a salir del mundo categorial unívoco y a alcanzar con validez las realidades trascendentes. No sólo la noción del ser, sino también otras nociones importantes en la filosofía renovada, como las nociones de verdad, unidad, bondad, causa, acción, generación, vida, saber, amor, etc., fueron liberadas de las estrecheces, gracias a la influencia del cristianismo. Esto prueba también que el cristianismo implica una filosofía amplia, capaz de ser explicitada y sistematizada racionalmente.

De ahí resulta una apertura especial del cristiano filósofo al orden sobrenatural, don absolutamente gratuito de Dios, en busca de una integración filosófico-teológica, conciliando armoniosamente la razón y la fe, la naturaleza y la gracia, que transfigura al hombre viejo en hombre nuevo, imagen viva de Cristo. Tomás de Aquino llegó a elaborar con originalidad consistente esta armonía, en la cual "al mismo tiempo que distingue perfectamente, como conviene, la razón y la fe, las une a ambas por los lazos de mutua amistad; les conserva, así, a cada una sus derechos y salvaguarda la dignidad".<sup>16</sup>

<sup>16</sup> Aquí, el famoso texto de León XIII en la "Aeterni Patris" en el original y en forma completa: "Praeterea rationem, ut par est, a fide apprime distinguens, utramque tamen amice consocians, utriusque tum iura conservavit, tum dignitati consuluit, ita quidem ut ratio ad humanum fastigium Thomae pennis evecta, iam fere nequeat sublimius assurgere; neque fides a ratione fere opposit plura aut validiora adiumenta praestolari, quam quae iam est per Thomam consecuta" - opúsculo cit., p. 32.

Es más, Tomás de Aquino demostró que para crear con perfección la síntesis cristiana original de tamaña importancia filosófico-teológica no basta con tener genio, sino también se requiere la santidad de vida.

#### V. — LA CUARTA DIMENSION DE LA ORIGINALIDAD CRISTIANA DE LA FILOSOFÍA: SU CARACTER INSTRUMENTAL DE SERVICIO

Finalmente, el cuarto sentido de la originalidad cristiana de la filosofía consiste en su disponibilidad variada para ser utilizada científicamente como instrumento en beneficio de la revelación divina, hecha para los hombres —“propter homines”—. Antes que nada, la filosofía contribuye a estructurar la ciencia de la fe, es decir, la teología sobrenatural sistemática. Es más: esta originalidad se manifiesta también en la defensa racional de la fe cristiana contra los ataques de índole filosófica, así como en la mediación, exigida hoy por el diálogo del cristiano con las actuales ciencias experimentales, que se encuentran en un progreso vertiginoso.

La filosofía está a disposición del cristiano como instrumento válido para desarrollar, con método, la reflexión racional sobre los datos históricos de la revelación divina. La distinción perfecta entre la razón filosófica y la fe no impide que la filosofía ayude al cristiano en su esfuerzo reflexivo de penetrar, más y mejor, de una manera sistemática, en el universo de las verdades reveladas, satisfaciendo así la exigencia de la inteligencia de obtener una visión coherente y global de la realidad del cristianismo como obra de Dios, que se reveló en Jesucristo Salvador y que se prolonga por medio de la Iglesia, institución fundada por Cristo, con el fin de llevar el mensaje de la liberación integral a todos los pueblos de todos los tiempos. Usando la razón, el cristiano filósofo llega a descubrir, en los datos revelados, una cierta inteligibilidad inmanente, los nexos internos entre los misterios de la fe y con el fin último del hombre, como León XIII enseña con claridad en la “Aeterni Patris”, afirmando que la reflexión racional sobre la revelación divina debe recibir de parte de la filosofía “la naturaleza, el hábito y el carácter de una verdadera ciencia”<sup>17</sup> y que “difícilmente puede la fe esperar de la razón socorros más numerosos o más poderosos de los que Tomás le ofreció”.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> “Aeterni Patris”: “Solidissimis ita positus fundamentis, perpetuus et multiplex adhuc requiritur philosophiae usus, ut sacra Theologia naturam habitum, ingeniumque verae scientiae suscipiat atque induat” - opúsc. cit. p. 13.

<sup>18</sup> Cfr. el texto original de León XIII citado por extenso en la nota 16 de la presente investigación.

Esta reflexión racional que se refiere constantemente a las verdades de la fe y se procesa en unión con la componente positivo-histórica de la teología, es de carácter instrumental. Es inmanente a ese proceso, aunque sea éste conducido por la luz de la fe, que ilumina la inteligencia. Es un proceso lógico, articulado según los principios filosóficos.

No cualquier filosofía posee esta idoneidad intrínseca de poder ser asumida en este proceso científico-sistemático de la reflexión sobre los datos de la fe, que exige una conexión indispensable con las evidencias naturales de la inteligencia humana. Quedan excluidas de este proceso inevitablemente aquellas concepciones filosóficas que son incompatibles con la verdad natural y, con eso, también con la Revelación de Dios, verdad sobrenatural, como, por ejemplo, el relativismo escéptico, la inmanencia materialista, la inmanencia idealista, etcétera. No obstante, la teología, radicalmente independiente en relación a cualquier sistema filosófico, está abierta para oír las instancias críticas, que las filosofías presentan a la ciencia de la fe cristiana, con el fin de poder dialogar en profundidad, de justificarse científicamente y de ser comprendida en el servicio que está brindando a la humanidad. Además, la ciencia de la fe cristiana está abierta a cualquier filosofía, ya sea reciente o antigua, para recibir contribuciones de valor, que puedan ser integradas en la síntesis cristiana dentro del contexto de las legítimas exigencias de la vida concreta y de la cultura del respectivo pueblo, como la Iglesia lo declara expresamente. En éste su amplio abrirse, la ciencia de la fe cristiana (teología sobrenatural) prefiere siempre aquellas filosofías que se relacionan mejor, en sus tesis básicas, con los datos revelados, aceptando, en ciertas circunstancias, un pluralismo filosófico sano, como resultado de las diferentes culturas, lenguas, regiones, etc., sin comprometer, sin embargo, aquel núcleo fundamental de verdades perennemente válidas, que están conectadas íntimamente con la revelación divina.

Precisamente en esta perspectiva constructiva, relacionada con la teología especulativo-sistemática, el Magisterio de la Iglesia se refiere especialmente a S. Tomás de Aquino no sólo en la encíclica "Aeterni Patris", sino también recientemente en el Concilio Vaticano II (cfr. n.º 16 del documento *Optatum Totius*). La razón de esto es que en el pensamiento de este filósofo se encuentran estructurados orgánicamente los primeros principios de la razón natural con la Revelación de Dios de una forma tan sólida, profunda, flexible y dinámica que posibilita una legítima renovación de la síntesis

continuada en el futuro. Se manifiesta así, claramente, el carácter original de la filosofía en relación a la fe cristiana.

¿Cuál es la razón profunda de esta originalidad cristiana de la filosofía, de este colocarse, como válida, a disposición de la fe cristiana? La razón de este servicio filosófico original, en lo que se refiere a las verdades reveladas en conceptos humanos para los hombres, se encuentra en el hecho, arriba ilustrado, de que la filosofía, siendo un conocimiento de la verdad, no puede no armonizar con la verdad manifestada por Dios, fuente última de toda y cualquier verdad. La verdad no puede ofuscar la verdad, como la luz no puede oscurecer la luz. De ahí precisamente, resulta que la reflexión racional sobre los contenidos de la fe cristiana, elevada al nivel científico por medio de la verdadera filosofía, está en perfectas condiciones de proporcionar, en la medida de lo posible, una profundización válida, aunque instrumental, de comprensión de la revelación divina, sin afectar su genuino significado. De ahí surge, también, que las filosofías ideológicas, disociadas de la evidencia objetiva y de la fe cristiana, son completamente incapaces de servir de instrumentos para dilucidar las verdades reveladas. Entrando en contacto con el cristianismo, desvirtúan su contenido auténtico.

Si en el proceso racional, aplicado legítimamente a los datos de la revelación divina para comprenderlos más y mejor, el cristiano instrumentaliza científicamente la razón filosófica, las ideologías instrumentalizan tendenciosamente, para sus fines pragmáticos, eximidos del contexto de la verdad, ya sea la filosofía, ya la propia religión. Ni el propio Jesucristo, Autor de la religión revelada, escapa hoy de ese proceso ideológico relativizante: El es considerado actualmente por tantos ideólogos o como un hombre del partido, o como un sociólogo, o como un revolucionario político, o todavía de alguna otra manera inadmisibles. Eso sucede en el actual mundo desacralizado y confuso, porque se perdió la legítima armonía en el relacionamiento de la fe y de la razón, como consecuencia de un largo y gradual alejamiento del filosofar de la realidad, comenzado en el siglo XVI, resultando, como lamenta León XIII en la "Aeterni Patris", "que los sistemas de filosofía se multiplicaron más allá de la medida y que opiniones diversas, opuestas entre sí, repuntaran, aún sobre las cosas más importantes de los conocimientos humanos".<sup>19</sup> Apartándose del realismo de la filosofía cristiana, no sólo desapareció

<sup>19</sup> "Admitentibus enim novatoribus saeculi XVI, placuit philosophai citra quempiam ad fidem respectum, petita dataque vicissim potestate quaelibet pro lubito ingenioque excogitandi. Qua ex re pronum fuit, genera philosophiae plus aequo multiplicari, sententiasque diversas atque inter se pugnantes oriri etiam de iis rebus, quae sunt in humanis cognitionibus praecipuae" - opusc. cit. p. 38.

la teología sobrenatural especulativo-sistemática, sino también se multiplicaron, en nombre de la filosofía, en los ambientes racionalistas, idealistas y otros, alcanzados por el relativismo escéptico, tantas objeciones graves y negaciones radicales en relación al cristianismo. La confusión de ideas llegó a alcanzar, en algunos países, a los filósofos católicos. De ahí surgió la necesidad urgente, que se vuelve a sentir agudamente en los actuales días, de recurrir a un servicio filosófico consistente para defender eficazmente al cristianismo.

Con esta perspectiva científica instrumental era urgente, antes que nada, restaurar en el mundo católico la filosofía cristiana. Este importante plan animaba ya a un buen número de filósofos católicos, antes que penetrase en el espíritu de León XIII. Es a estos filósofos a quienes alude León XIII en la "Aeterni Patris".<sup>20</sup> Ellos, insatisfechos por la caótica situación filosófica de la época, en perjuicio de la fe cristiana, buscaron arduosamente los caminos de la renovación del pensamiento profundo. Si esta renovación vino más tarde, en 1879, con un documento solemne y amplio de León XIII, la encíclica "Aeterni Patris", es justo afirmar que la misma no tenía una dirección de arriba hacia abajo, y sí de abajo hacia arriba. La razón es que fue precisamente aquel movimiento filosófico de los pensadores insatisfechos con la situación reinante, conocedores profundos y seguidores de la filosofía tomista, el que preparó y animó intelectualmente al sabio Pontífice para publicar la mencionada encíclica, carta magna de la filosofía cristiana, restaurando oficialmente la filosofía patristica y escolástica, principalmente la del "príncipe y maestro" de todos los doctores escolásticos, S. Tomás de Aquino. El objetivo de esta restauración oficial fue revalidar la razón filosófica, para que, además de evolucionar con perfección en un proceso sistemático con solidez y abertura, contribuyese funcionalmente, para defender, como un instrumento válido, el cristianismo, destacando "los fundamentos inquebrantables de la fe, su origen divino, su verdad cierta, los motivos de la persuasión, los beneficios que proporciona al género humano, su perfecto acuerdo con la razón".<sup>21</sup>

<sup>20</sup> "Optimo itaque consilio cultores disciplinarum philosophicarum non pauci, cum ad instaurandam utiliter philosophiam novissime animum adiecerint, praeclaram Thomae Aquinatis doctrinam restituere, atque in pristinum decus vindicare studuerunt et student", opusc. cit., p. 40.

<sup>21</sup> "Ad hos autem sanandos, et in gratiam cum fide catholica restituendos, praeter supernaturale Dei auxilium, nihil esse opportunius arbitramur, quam solidam Patrum et Scholasticorum doctrinam, qui firmissima fidei fundamenta, divinam illius originem, certam veritatem, argumenta quibus suadetur, beneficia in humanum genus collata, perfectamque cum ratione concordiam tanta evidentia et vi commonstrant, quanta flectendis mentibus vel maxime invititis et repugnantibus abunde sufficiat" - opusc. cit. pp. 41, 42. Ver también las páginas 7 y 13 del opúsculo.

Este vasto y bien estructurado programa conserva hoy toda su actualidad. Presenciando la actual embestida impetuosa del secularismo y del ateísmo programado contra el cristianismo, el derecho y también el deber del cristiano es recurrir a la filosofía y someter a un riguroso examen crítico, gnoseológico, metafísico y ético, todo lo que perjudica de algún modo a la fe y a su sintonía con la razón. Justamente en esta disponibilidad ofrecida, en este poder crítico se hace evidente la originalidad cristiana de la filosofía, que es instrumental y se consustancia en su capacidad defensiva de las verdades de la fe, conforme a la situación concreta de los continentes y de cada uno de sus pueblos.

Una nueva forma de la instrumental originalidad cristiana de la filosofía, muy significativa hoy, resulta en virtud de la mediación de la razón filosófica en el diálogo del cristiano con las actuales ciencias naturales, humanas y tecnológicas. El enorme desarrollo de estas ciencias está penetrando de tal manera en la mentalidad y cultura actual, que el cientificismo y tecnologismo se están convirtiendo en una verdadera obsesión, haciendo olvidar los valores del cristianismo. Con la intención de oponerse a esta ideologización de las ciencias naturales, históricas, antropológicas y técnicas, queriendo al mismo tiempo, asumir los resultados válidos de estas ciencias florecientes, el cristianismo tiene hoy una tarea urgente e importante: fomentar un contacto profundo con todas estas ciencias, con el fin de conocer mejor al hombre y expresar hoy mejor el sentido auténtico de las verdades reveladas, así como eliminar lo que es ideológico. En este importante diálogo la filosofía puede y debe ejercer su mediación entre la fe cristiana y esas ciencias.

¿En qué consiste esta función instrumental de la filosofía en relación a la síntesis cristiana actual?

En ejercer una reflexión transdisciplinaria profunda sobre las contribuciones científicas multiformes y sobre la compleja problemática suscitada por ellas, con el fin de discernir entre lo que vale y lo que no vale, destacando los datos ciertos de valor permanente frente a la razón humana y también, por eso, frente a la Revelación de Dios. Fundamentándose en este servicio filosófico auxiliar, la teología examina mejor la contribución ofrecida por las ciencias experimentales, en la perspectiva del enriquecimiento de la síntesis cristiana y de la promoción de la economía de la salvación. Hay hoy tantos nuevos datos, investigados por las ciencias positivas, como, por ejemplo, los que se refieren a la génesis del hombre y del mundo, a la genética, al subconsciente, a la energía atómica, etc., que interesan vivamente a la reflexión teológica. Recibiendo un servicio garantizado de parte

de la filosofía como mediadora, fiel a su método y a sus propios principios, la teología progresa con una seguridad y rapidez mayores, sin disminuirse ni caer en el biologismo, sociologismo, historicismo, parapsicologismo, etc. La teología debe evitar todo eso, pues su objeto específico —el misterio de la salvación revelado por Dios— está más allá del campo de la investigación científica experimental. De este modo, el cristianismo, instrumentando científicamente la filosofía, proporciona, sin interferir en el campo de las ciencias experimentales, un mensaje teológico serio, comprensible para el mundo actual, evitando contaminaciones secularizantes y degradantes. Colaborando instrumentalmente con el cristianismo en la elaboración de la síntesis abarcadora, la filosofía contribuye también a ampliar los horizontes de la visión científica, referido al hombre, a la sociedad y al universo, indicando al hombre actual los valores más altos y haciendo humanos todos los descubrimientos científicos. Siendo un momento inmanente de la teología, la filosofía ejerce, pues, una función instrumental altamente benéfica en el diálogo actual del cristianismo con el mundo secularizado, auxiliándolo a percibir los peligros del secularismo y del ateísmo, así como evaluar la necesidad de la sabiduría para superar las graves crisis, que hoy lo están afligiendo dolorosamente.

## VI. — CONCLUSION FINAL

Concluyendo la presente investigación filosofológica, conmemorativa del centenario de la encíclica "Aeterni Patris", de León XIII, la respuesta al complejo problema suscitado resulta clara y bien fundamentada: existe innegablemente la originalidad cristiana de la filosofía, en virtud del ser y del obrar del cristiano, de ayer y de hoy, que exigen un uso profundo de la razón y llevan a la perfección del filosofar. Esta originalidad o novedad, consiste, pues, antes que nada, en la propiedad de la filosofía de predisponer el alma humana a la recepción del mensaje cristiano. Esta misma originalidad resulta también en virtud del nuevo camino de filosofar que el cristiano sigue: un camino fecundo dentro del presupuesto y universo de las verdades de la fe, que el filósofo sin fe no posee. Tercero: la originalidad cristiana de la filosofía proviene también de los nuevos contenidos filosóficos alcanzados por los cristianos en virtud de las nuevas disposiciones espirituales. Finalmente, la originalidad cristiana de la filosofía se manifiesta por su disponibilidad instrumental válida, garantizando un ordenamiento coherente de los datos revelados, defendiéndolos con eficiencia y promoviendo el diálogo de la teología sobrenatural con las ciencias positivas, hoy en gran progreso.

Esta originalidad multiforme —cuadridimensional— exige del cristiano de hoy una ardua tarea: conseguir que la filosofía conservando su naturaleza racional y uniéndose a la fe, contribuya a vencer el terrible asalto del materialismo laicista y del ateísmo militante, así como empeñarse, siguiendo el ejemplo original de S. Tomás, Doctor Universal, en renovar la síntesis cristiana en base a nuevos análisis y contribuir para incrementar el filosofar en el mundo actual, en la perspectiva del fin último de la persona humana, que es sobrenatural. La encíclica “Aeterni Patris” no logró todavía todos sus efectos. Es hoy muy actual. A la luz de este documento importante de León XIII el cristiano de hoy, hombre nuevo, puede y debe actuar con ardor, teniendo en vista la regeneración de la vida y de la cultura en todas sus dimensiones, según las exigencias actuales de la razón filosófica y del mundo de hoy en crisis. Estas exigencias fundamentales son las siguientes: exigencia fenomenológica de lo concreto, exigencia lógico-gnoseológica, exigencia de apertura hacia una visión metafísica de la realidad, destacando la trascendencia, exigencia de una interpretación todavía más profunda y actualizada de la libertad humana, de la justicia y del amor, exigencia de la humanización pluridimensional, exigencia de la cristianización e integración de valores, finalmente, exigencia del diálogo transdisciplinario con las actuales ciencias matemático-experimentales y técnicas, así como de un diálogo crítico con las ideologías de hoy. Esta tarea original del cristiano-filósofo de hoy es urgente y muy importante en los trágicos días actuales.

STANISLAVS LADUSĀNS

*San Pablo*